

DE BUENAS LETRAS

El arte de la fuga

WENCESLAO-CARLOS LOZANO
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

La RAE define el escapismo como «tendencia a eludir responsabilidades y a evadirse de los problemas de la realidad»; o sea como fenómeno, cuando no trastorno, de orden psicológico, más allá del banal escaqueo. Wikipedia nos adentra en una sugerente acepción del término, como es «la práctica de escapar desde un encierro físico o de otras trampas. Los escapistas escapan de esposas, camisas de fuerza, jaulas, cofres, cajas de acero, barriles, bolas, edificios en llamas, tanques de agua y otros peligros, a menudo combinados. Algunos de sus trucos son logrados por medio de técnicas del ilusionismo; otros son actos genuinos de flexibilidad, fuerza y audacia.» Añade que a partir de 2012, con la creación de los juegos de escape 'ParaPark' y 'Adventure Rooms', el vocablo empezó a usarse para denotar esa recién estrenada función lúdica. No hace mucho, un artículo de IDEAL nos informaba cumplidamente de que en nuestra ciudad estaba arrasando tan cauteloso esparcimiento, con seis salas y una decena de experiencias distintas de una dura-

ción de entre sesenta y noventa minutos.

Lo que no sospechaba uno es que el concepto diera así mismo para una incisiva y rigurosa indagación académica en sus dimensiones teórica y práctica. Lo ha hecho el escritor y jurista Antonio Pau en su 'Manual de escapología: Teoría y práctica de la huida del mundo' (Trotta 2019), un jugoso estudio sobre la fuga –en vez de rebelión– como opción ante un entorno hostil, cuajado de citas oportunas y apuntalado por una amplia bibliografía. Aquí no se entra a contraponer cuál de ambas conductas es ética y socialmente más meritoria, pues dado que los cambios que afectan al mundo se producen tanto en las estructuras como en las personas, las consignas marxista de 'transformar el mundo' y rimbaldiana de 'transformar la vida' acaban redundando en una sola y misma cosa.

No 'huida' hacia adelante, sin más, de la infelicidad a la felicidad, del pesar a la alegría, negando a las realidades dolorosas un espacio propio, sino acotando este a su justa medida. Tampoco huida asociada al viejo cliché de cobardía sino, por el contrario, al

de valor, como el del propio Ulises, héroe valiente donde los hubiera, al escapar de Circe, a cuyos encantos había sucumbido. Pau repasa en su introducción diversas variantes de huida negativas, opuestas a las que justifica más adelante, entre las cuales el suicidio, las conductas de evitación, la huida perpetua, de la libertad, del placer, del prójimo, los paraísos artificiales... Y hoy, en las más altas instancias del poder político mundial, un torticero método evasivo en el que los actos de autoridad no van seguidos de una debida asunción de sus consecuencias, y está directamente asociado con lo que el sociólogo Zygmunt Bauman definió como modernidad líquida.

El autor dedica el grueso del volumen a exponer y ejemplificar sus tesis con treinta casos históricos o actuales, ya de figuras culturales icónicas, ya tópicos literarios como la alabanza de aldea, el jardín cerrado, la torre de marfil, la fantasía utópica, la bucólica Arcadia; ya la soledad del anacoreta, el fantaseo anarco-individualista, hipismo, neonomadismo, neoruralismo, tribalismo primitivista urbano, desconexión digital, y tantas más corrientes artísticas o espiritualistas: todo un despliegue de huidas como patrones de conductas biológico-culturales –de hecho, todas vigentes hoy– para alcanzar la dicha y romper con una sociedad opresora e injusta sin por ello eludir las obligaciones ni renunciar a la esperanza, a la fe o a la ilusión de vivir. Eso sí, dando quedecesadamente por sentado que «nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar y no de vida y costumbres».